

Lisset Karts

Encontré en el desván de la antigua casa de mis abuelos, un amarillento diario de vida —quizás de algún antepasado femenino. En letras apenas legible, pude rescatar lo siguiente.:

-----

«Me llamo María Ignacia y no soy feliz. La semana pasada bajé corriendo las escaleras, me caí y me torcí un tobillo. Grité y mi madre se enfadó en lugar de consolarme. — ¡pronto será el día más importante de tu vida!... y —mira cómo te has lastimado, espetó *«claro, ella sólo quiere que le cuente mis pecados al cura con vestidos negros»*

Me vendó el pie y apenas me repuse me apremió para que tomara mi leche porque el bus que nos llevaba al colegio estaba a punto de pasar. Mi hermano Manuel que ya cumplió quince años— el preferido de mamá —me condujo hacia el bus con mucho cuidado *«admiro a mi hermano mayor y lo quiero muchísimo»*.

El sábado siguiente, los dos fuimos invitados al cumpleaños de mi amiga Sara y allí conocí a Diego— el mejor amigo de Manuel. — Inventamos varios juegos; mi preferido era buscar un escondite y el ganador recibía un beso como premio. Por mi tobillo enyesado— ¡a mí me pillaban siempre! Después de atosigarnos con golosinas, jugos y helados la madre de mi amiga puso música y nos instó a que aprendiéramos a bailar. Yo no pude hacer ninguna pirueta porque aún me dolía el

tobillo, pero no me importó ya que al poco rato se acercó Diego, el ganador de dos de mis besos y se sentó a mi lado— charlamos y nos reímos de los bailarines que hacían piruetas al son de la música *«es el amigo más lindo que conozco...uy...parece que me estoy enamorando»*.

— ¿Estás afiebrada? ¡tu cara está enrojecida! inquirió solícito mi nuevo amigo. Negué con un movimiento de cabeza. *«¡ay ...qué tonta— me gusta, es lindo y lo quiero!»*

— ¡Nooo! el salón está muy caluroso, respondí enrojeciendo más.

Casi al anochecer los amigos se despidieron, pero Sara, Sofía y yo nos quedamos un rato más para repasar las vestimentas que nos pondríamos al día siguiente. Se celebraba nuestra primera Comunión: Recibiríamos el sacramento de la Eucaristía. Al cura de la pequeña iglesia lo conocíamos desde siempre. Acompañábamos a nuestros padres a las misas dominicales y después de sermonearlos, — recorría con la mirada de búho a cada uno de sus hijos—: sus futuros parroquianos.

El día tan esperado para las familias temerosas de Dios, los feligreses llegaron en masa a la capilla para acompañar a las comulgantes Mi madre me vistió con un emperifollado vestido blanco con repujes y blondas, me colgó un limosnero en una mano y en la otra un librito de oraciones ¡*«uy...madre que ridícula me veo! ojalá*

*Diego ni se asome a ver este espantajo... ¡noo... esa cruz ni muerta me la colgaré al cuello!»*

Partimos al acto religioso y al interior de la capilla fluía un ambiente asfixiante —Nos ungieron frente a un altar, donde observamos un reclinatorio, unos cortinajes de color rojo y también cuatro ángeles regordetes que elevaban un cáliz.

Salí de la ceremonia vacía, enojada y descontenta después de recibir el pan y el vino — rito católico para consagrar la muerte y resurrección de Jesús—. Cabizbaja y retraída confesé todos mis pecados al cura como: refunfuñar malas palabras ante el *enojo*

*de mamá, tener rabietas y dar besos a Diego. El me dio como penitencia rezar veinte Ave Marías y diez Padre Nuestro.*

*«No importa ...lo haré con gusto, y también le pediré a la Virgen que es tan milagrosa, que Diego me invite y seamos pololos»*

A la salida nos juntamos a comentar la nueva experiencia y Sara —polola de mi hermano— tenía que rezar durante un mes, arrodillada ante la virgen treinta Avemarías y otros tantos Padre Nuestro, al confesarle que le inquietaba tener pensamientos impuros ante la insistencia del cura y su escrutadora mirada.»

NOTA: Este es el extracto del diario de vida que pude rescatar, quizás perteneciente a una de mis bisabuelas.

